

Ningún mortal podrá amar jamás como Dionisos amó una vez.

Ella era la última heredera de una larga estirpe de vinicultores, propietaria de vastos viñedos, en el lugar más hermoso de la creación. Tan prendido estaba de la dama, que, infringiendo las estrictas leyes que separan a dioses y hombres, descendió a la tierra tomando el cuerpo de un humilde trovador con la sola idea de enamorarla. Corrían los días anteriores a la Reconquista, y eran muchos los que acudían a la región de Requena a trovar a la que llamaban la Dama Sol, presos de la leyenda de su dulzura, atraídos por ella como moscas por la miel.

Los mejores llegaron de todas partes y probaron suerte ante la dama, pero nadie cautivó su corazón con melodías más tristes, ni le ofreció palabras tan hermosas como aquel humilde trovador. A punto estaba de sucumbir al hechizo de Dionisos, cuando las puertas de su noble casa se abrieron de par en par embestidas por una yegua zaína, que se erguía soberbia sobre las patas traseras, relinchando en el umbral del patio. A lomos de la yegua iba un apuesto caballero musulmán. En la frente de ébano llevaba marcado el emblema de su nombre, una media luna que refulgía entre sus ojos igual que un diamante de fuego.

Entonces Dionisos, que no era sino un dios enamorado, cegado por la cólera, rogó la intercesión de sus hermanas Las Moiras, infatigables tejedoras del hilo del destino. Accediendo a sus súplicas, las tres Parcas mezclaron cordón negro en la madeja de sus vidas, y sembraron con ello la discordia entre la pareja de amantes mortales.

Guiado por esa providencia tenebrosa, el Caballero de la Media Luna confesó a la Dama que traía órdenes del rey de Valencia, y que en su unión existía un impedimento: debía arrasarse todos los viñedos, quemar las vides, echar a perder sus frutos e impedir cualquier producción de vino en Rechenha. Y por mucho que La Dama Sol rogó e imploró justicia, no logró conmovier al Caballero, que se mantuvo firme en su propósito, al igual que en su juramento de amor.

Esclava de su desgracia, se encerró en su cuarto y no salió de él, ni probó bocado en cinco días. Dionisos, sintiéndose de nuevo capaz de conquistarla, acudió dichoso a su encuentro. En los jardines de la casa, en medio de la noche mágica y perfumada, el trovador volvió a cantar para ella con renovada ilusión. Pero cuando la Dama salió al balcón, Dionisos pudo comprobar cómo la pena se había apoderado de ella; la desesperación que llevaba escrita en su bello rostro, hizo que el corazón del dios se desbordase.

¡Pídele que vuelva a por un beso, después de la cosecha, le dijo el Trovador ò. De este modo harás que pruebe el vino.

No comprendió las palabras de aquel humilde mensajero, pero, dispuesta inexplicablemente a confiar en él, la Dama obedeció, y exigió una cita con el Caballero antes de que ejecutase sus planes.

Al alba del día señalado, todo Rechenha se dio cita a las puertas de la casa de la Dama Sol, esperando que se obrase algún milagro. El Caballero volvió a recoger su beso, pero ella le exigió que antes probase el vino. Pecando contra su religión y su fe, el Caballero de la Media Luna llevó a sus labios la copa dorada y apuró su contenido.

No fue sólo el fruto de la uva lo que había en aquella copa, sino la sangre misma del torturado Dionisos.

En pos de su amada, por pura pasión, había vertido su propia sangre en las nubes que regarían la cosecha de uva. La lluvia roja, cargada de amor, cayó sobre los frutos y empapó la tierra, se mezcló con la savia de la vid, discurrió por las cepas igual que había corrido por sus propias venas. Más que vino, Dionisos había elaborado un elixir maravilloso, una pócima celestial que vendría a torcer la voluntad de los musulmanes.

Los amantes se reencontraron en aquel beso. Las vides regadas con su sangre siguieron haciendo vino; mas ninguno de los que vivieron tales hechos supo jamás del sacrificio del dios, que regresó con el corazón roto a los lugares sagrados donde moran los dioses, a los solitarios y fríos rincones de los cielos, desde los que observan con melancólica envidia a los hombres.